

La “Globalización” y una llamada a los líderes estudiantiles universitarios para promover la dignidad humana y la solidaridad

Por Michael Pakaluk
Profesor de Filosofía de Clark University

Traducido por José Merediz

“En la difícil situación en la que nos encontramos hoy, a causa también de la globalización de la economía, la doctrina social de la Iglesia se ha convertido en una indicación fundamental, que propone orientaciones válidas mucho más allá de sus confines: estas orientaciones —ante el avance del progreso— se han de afrontar en diálogo con todos los que se preocupan seriamente por el hombre y su mundo” (Benedicto XVI, *Deus Caritas Est*, 27).

¿Qué es la globalización?

La gente habla de la “globalización” como si ésta fuera una sola cosa pero, en realidad, el término globalización denota cuatro cambios a gran escala: uno es *económico*, otro es *político*, el tercero se refiere a la *comunicación* y el cuarto es *cultural*.

La globalización económica es el proceso, de unos 400 años de antigüedad, por el cual el mundo se ha ido convirtiendo en un solo mercado económico al volverse, desde el punto de vista económico, cada vez menos importantes las fronteras que dividen las naciones. Esta globalización económica tiene sus raíces en la época de los descubrimientos geográficos, cuando los exploradores europeos recorrieron Asia, la India y el Nuevo Mundo abriendo paso al comercio y a la colonización. La Revolución Industrial del siglo XIX contribuyó a la interdependencia de las economías de diferentes naciones, ya que las colonias proveían las materias primas para las industrias de los países más desarrollados. A principios del siglo XX, los negocios a distancia se vieron favorecidos y acelerados por la invención de medios de transporte rápidos (buenos sistemas carreteros, viajes aéreos) y por las comunicaciones globales (el teléfono y la radio).

A finales del siglo XX, la globalización económica se desarrolló aún más rápidamente, ya que el fin de la Guerra Fría condujo a la apertura de nuevos mercados y al intercambio entre los mercados libres y los antiguos países comunistas; más aún, las corporaciones multinacionales tuvieron la capacidad de visualizar al mundo entero como sus mercados laborales y de consumo. Finalmente, durante el siglo XX, las naciones industriales ratificaron una serie de acuerdos comerciales tales como el GATT (Acuerdo General de Aranceles y Comercio) y el TLCN (Tratado de Libre

Comercio de Norteamérica) que sirvieron como catalizadores para la interdependencia económica mundial.

La globalización política es el proceso por el cual un modelo de gobierno democrático y constitucional, de origen esencialmente anglo-americano y basado en una declaración de derechos humanos, se extendió por todo el mundo y obtuvo el apoyo general. Este proceso también data de hace aproximadamente 400 años. Tuvo sus inicios en el siglo XVII con la teoría política y el constitucionalismo parlamentario ingleses y encontró su mejor expresión en el marco de la Constitución de Estados Unidos.

Se puede ver que este sistema de gobierno “funciona” bien en el éxito notable del experimento estadounidense en el que el desarrollo económico y la libertad política van de la mano. En el siglo XIX el imperialismo británico lo propagó por todo el mundo o, por lo menos, propagó la idea y, en el siglo XX ganó gran prestigio por el papel predominante de Estados Unidos y la Gran Bretaña en las guerras mundiales. De hecho, al finalizar estas guerras, las Naciones Unidas apoyaron la democracia constitucional a través de la Declaración Universal de los Derechos Humanos

Tras la caída del imperio soviético en 1989, el modelo americano de democracia constitucional, la “sociedad libre”, parece ser la única alternativa seria. Tanto es así que para algunos observadores (especialmente Francis Fukiyama) parece que, finalmente, en lo que compete al desarrollo político, la humanidad ha alcanzado “el fin de la historia”. Cualquier sociedad que se rehúse a “seguir el juego” con las demás sociedades libres se condena a sí misma al estancamiento e incluso a la irrelevancia.

La globalización en las comunicaciones es un fenómeno mucho más reciente cuya aparición podría coincidir con la invención del electroimán por William Sturgeon en 1825. Menos de veinte años más tarde, en 1844, Samuel B. Morse envía el primer mensaje por el recientemente inventado telégrafo, que depende del electroimán. En 1850 se tiende el cable telegráfico a través del Canal Inglés, uniendo a la Gran Bretaña con el Continente. En 1866 se tiende el primero de esos cables a través del Atlántico y el resultado fue que, a menos de 40 años de la invención fundamental de Sturgeon, los hombres de negocios de Nueva York ya podían comunicarse, casi al instante, con sus colegas londinenses.

En los años que siguieron, el progreso en las comunicaciones fue igualmente rápido. Lo que llamamos “internet” es simplemente el más reciente, y quizá el más dramático desarrollo en esta línea. Aproximadamente mil millones de personas (la séptima parte de la población mundial) usa actualmente esta red de computadoras veloces entrelazadas por cables de fibra óptica que les permiten, en principio, comunicarse entre ellas continuamente y sin esfuerzo. Debido a que muchos negocios se realizan actualmente a través y con las computadoras y, puesto que las fronteras nacionales no existen para internet, tenemos que mil millones de personas pueden, en teoría, hacer negocios entre ellas de manera inmediata.

La globalización de la cultura parece ser una consecuencia de los otros tipos de globalización. La facilidad de las comunicaciones globales permite que algunas formas de cultura se diseminen rápida y ampliamente y se muestren más populares que otras formas de cultura. A medida que el modelo anglo-americano de una sociedad libre se extiende por todo el mundo, se extienden también sus correspondientes formas de cultura; por la importancia de la libertad en ese modelo de sociedad, muchas de estas formas culturales, que son superficialmente más “libres”, resultan atractivas para los instintos vulgares e incluso para los más bajos y prosperan hasta que se ven limitadas por la ley. De la misma manera, los negocios que funcionan bien en un entorno global, como por ejemplo las multinacionales, tendrán éxito en promover, por medio de sus productos, su visión de la buena vida y, puesto que los negocios aspiran a la eficiencia, se impondrá la uniformidad.

Así, la globalización de la cultura ha sido un proceso mayormente de “*homogeneización*” y también de “*americanización*”; las cosas se hacen más uniformes al hacerse más similares a la cultura popular americana. En parte, esto está favorecido por las inclinaciones naturales: a la gente le *gusta* parecerse a los demás y le gusta también aquello que se ve prometedor y nuevo. Como resultado, una cultura reciente y homogénea desplaza a la cultura local y tradicional. La propagación mundial de los MacDonalds y los Starbucks es un icono de esta “*homogeneización*”. . Más aún, la alta cultura se ve entorpecida por la baja cultura: después de todo, los principales usos de internet no son la lectura de libros o escuchar sinfonías, sino más bien la pornografía, los juegos y los chismes.

¿Es la globalización realmente nueva? ¿Y es importante?

Si algunas de las tendencias de lo que llamamos “globalización” provienen de hace 400 años, ¿se tratará la globalización de algo realmente nuevo? ¿Acaso será tan sólo el producto de una exagerada campaña de publicidad en los medios de comunicación? Quizá aquí, como en todo, en verdad “no hay nada nuevo bajo el sol”.

Aunque la continuidad del proceso es un hecho histórico, la globalización parece haber aumentado recientemente hasta el punto en que una diferencia en grado se cuenta como una diferencia en clase. Mencionamos la caída de la Cortina de Hierro y el reciente ingreso de China y la India a los mercados mundiales (aproximadamente dos mil millones), gracias a internet. Podríamos añadir también la continua, aunque precaria, dominación de la dinámica política mundial por una única superpotencia (una real pero viciada *pax Americana*). Estos son genuinos cambios a una escala histórica mundial que han unificado al mundo en una medida nunca antes vista.

Como regla general, una asociación queda constituida cuando las personas *piensan* que la forman, porque una asociación es una realidad social. Por ejemplo, la “Mayoría Silenciosa” se hizo realidad cuando la gente se *consideró* parte de una mayoría silenciosa y se identificó con otras personas como parte de un mismo grupo. De la misma manera, internet permite que la gente se considere como parte de una única

comunidad global y, por ese solo hecho, dicha comunidad, la “aldea global” o “mundo plano” (para usar el término del ensayista y autor del *New York Times* Thomas Friedman), se constituye.

“El género humano se halla en un período nuevo de su historia” escribieron los Padres Conciliares del Vaticano II en su profética Constitución Pastoral “Sobre la Iglesia en el Mundo Actual” *Gaudium et spes* (1965), “...caracterizado por cambios profundos y acelerados, que progresivamente se extienden al universo entero. Los provoca el hombre con su inteligencia y su dinamismo creador; pero recaen luego sobre el hombre, sobre sus juicios y deseos individuales y colectivos, sobre sus modos de pensar y sobre su comportamiento para con las realidades y los hombres con quienes convive. Tan es así esto, que se puede ya hablar de una verdadera metamorfosis social y cultural, que redundará también en la vida religiosa” (n. 4). “Las circunstancias de vida del hombre moderno en el aspecto social y cultural han cambiado profundamente”, dice más adelante el documento, “tanto que se puede hablar con razón de una nueva época de la historia humana” (n. 54).

La globalización es importante por sus perspectivas de bien o mal a gran escala. Es particularmente importante para un católico que es estadounidense debido al papel central de Estados Unidos en la globalización. Estados Unidos constituye la fuerza central de la globalización en todos sus aspectos: negocios, política, comunicaciones y cultura. **Sin duda, y en vista de su provincianismo, los estadounidenses deben prestar particular atención a la globalización:** “La aceptación de las relaciones sociales y su observancia deben ser consideradas por todos como uno de los principales deberes del hombre contemporáneo”, escribieron los Padres Conciliares, “porque cuanto más se unifica el mundo, tanto más los deberes del hombre rebasan los límites de los grupos particulares y se extiende poco a poco al universo entero” (*Gaudium et spes*, 30).

De manera particular, la globalización lleva nuestra atención hacia los pobres del mundo. Cuando nuestra atención se enfoca simplemente en los negocios, la política y la cultura dentro de las fronteras de Estados Unidos, entonces los pobres en los otros países pueden fácilmente parecerse los “necesitados” que requieren “alivio”. Pero, después de la globalización, cuando gran parte del mundo participa en la economía mundial y se beneficia de ella, es inevitable preguntarnos “¿Por qué estos pobres no participan en el juego? ¿Por qué parece que su condición no cambia? ¿Qué debemos hacer para ayudarlos?”

El punto de vista “católico” de un creyente implica una preocupación por el mundo en su totalidad. Después de todo, “católico” significa “universal”: “La Iglesia reconoce, además, cuanto de bueno se halla en el actual dinamismo social: sobre todo la evolución hacia la unidad, el proceso de una sana socialización civil y económica”. ¿Por qué? Porque: “La promoción de la unidad concuerda con la misión íntima de la Iglesia, ya que ella es en Cristo como sacramento, o sea signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano” (*Gaudium et spes*, 42).

Por lo tanto, un estadounidense católico tiene una doble razón para preocuparse por la globalización: como estadounidense, por el liderazgo de Estados Unidos y, como católico, porque el punto de vista de un católico naturalmente engloba en su esfera al mundo entero.

¿La Globalización es básicamente buena o mala?

¿Debiera un católico estar a favor de la globalización u oponerse a ella? Después de todo, la globalización es controversial. Sus críticos –aquellos que son anti-globalización- arguyen lo siguiente:

- representa el resurgimiento del feroz *laissez faire* capitalista;
- es una expresión del imperialismo cultural y político (particularmente de parte de Estados Unidos);
- ensancha la brecha mundial entre ricos y pobres;
- perjudica a los trabajadores de las naciones desarrolladas porque los empleos se exportan al extranjero y,
- destruye el medio ambiente.

Se podría replicar que la anti-globalización no tiene sentido bajo el argumento de que es inevitable. Comparando, tampoco habría tenido mucho caso estar en contra de la Revolución Industrial, puesto que ésta *iba a ocurrir*, sin importar que la gente la favoreciera o se opusiera a ella.

La globalización podrá sin duda ser inevitable; aún así, cabría la pregunta de si se trata de un proceso que uno deberá aceptar en lo básico aunque anhelando que fuera guiado y corregido en ciertos aspectos (precisamente el *cómo* se desarrolla), o si se trata de algo contra lo que uno debiera protestar y de lo que uno debiera desligarse como, por ejemplo, lo hicieron los Amish con relación a la industrialización. **Nota del traductor:** Amish: grupo religioso de ascendencia holandesa que se encuentra principalmente en el Estado de Pennsylvania, en Estados Unidos.

Se puede distinguir entre la globalización como un medio o un instrumento (una “tecnología”) y la globalización como el uso de esos medios. Como un medio, la globalización permite el comercio entre las personas, la comunicación expedita y la libre asociación política, todo lo cual es bueno. Representa un ejemplo más del crecimiento de la tecnología humana que un católico debería aceptar, sin dudar, como bueno por sí mismo, ya que forma parte de la actividad creadora de Dios: “...el conjunto ingente de esfuerzos realizados por el hombre a lo largo de los siglos para lograr mejores condiciones de vida, considerado en sí mismo, responde a la voluntad de Dios” (*Gaudium et spes*, 34).

Para los creyentes, éste es un tema definido: considerada en sí misma, esta actividad humana está de acuerdo con la voluntad de Dios. “Creado el hombre a imagen de Dios, recibió el mandato de gobernar el mundo en justicia y santidad, sometiendo a sí

la tierra y cuanto en ella se contiene, y de orientar a Dios la propia persona y el universo entero, reconociendo a Dios como Creador de todo...” (*Gaudium et spes*, 34). Los Padres Conciliares enseñan que hasta la unidad cultural en todo el mundo (¡aunque no la homogeneidad!) debería ser bien recibida al hacer posible una mayor comunidad entre las personas y al permitir compartir la riqueza cultural: “...el creciente intercambio entre las diversas naciones y grupos sociales descubre a todos y a cada uno con creciente amplitud los tesoros de las diferentes formas de cultura, y así poco a poco se va gestando una forma más universal de cultura, que tanto más promueve y expresa la unidad del género humano cuanto mejor sabe respetar las particularidades de las diversas culturas” (n. 54).

No obstante, principalmente por los efectos del pecado original, toda tecnología tiene el riesgo de ser alterada sutilmente y pasar de ser de algo que usamos para “gobernar la tierra” a algo que más bien nos domina a nosotros. Por ello, el uso que se haga de la globalización nos presenta un reto moral. Como en otros casos, el posible abuso no niega los bienes que pueden adquirirse y compartirse por medio de la globalización considerada como un medio: *El abuso no elimina el uso.*

Dos ideas equivocadas comunes acerca de la Globalización

El fenómeno de la subcontratación (“outsourcing”) provoca una queja común y una interpretación errónea de la globalización. El “outsourcing” se da cuando, en un país, algunos trabajadores, de relativamente baja especialización, realizan operaciones rutinarias que son parte de la producción de un artículo o servicio que se proveerá en otro país diferente. Por ejemplo, los médicos en Estados Unidos proveen atención médica a sus pacientes en Estados Unidos. Pero parte de esa atención médica implica que se guarden registros médicos precisos y muchos médicos simplemente dictan diariamente a una grabadora los datos adicionales de dichos registros; más tarde, otros empleados especializados transcriben los apuntes grabados. Puesto que este trabajo es relativamente rutinario, puede ser exportado. De hecho, ahora existen grandes centros de transcripciones médicas en ciudades como Bangalore, en la India, en las que los trabajadores reciben los datos médicos por internet y trabajan durante la “noche” (que para ellos es “día”) para que, al día siguiente, los datos estén disponibles en los archivos médicos.

Éste es un arreglo atractivo para los médicos y las aseguradoras estadounidenses ya que los transcritores en la India ganan sólo una fracción de lo que ganan los de Estados Unidos. Entonces, ¿es bueno que el trabajo se exporte de este modo porque bajan los costos médicos para los pacientes estadounidenses y ayuda a que los trabajadores indios ganen prosperidad económica? ¿O es malo porque los trabajadores estadounidenses pierden sus empleos a favor de los de la India cuyos salarios son mucho más bajos?

Los economistas consideran este “outsourcing” como un buen ejemplo de lo que el filósofo político inglés David Ricardo llamaba “ventaja comparativa”, la cual se puede

comprender en los términos de un acertijo: “Una persona recibe una rebanada más pequeña de pastel y, sin embargo, recibe más pastel ¿cómo es esto posible? Es posible si el pastel es más grande ya que una rebanada pequeña de un pastel muy grande puede contener más pastel que una rebanada grande de un pastel muy chico. Supongamos que hay una economía muy próspera y otra muy débil, pero no hay relación entre ambas. La economía próspera tiene tanto éxito que *todo* lo hace mejor que la débil. Aún así, si las dos se unieran para formar un solo mercado y si la economía fuerte permitiera a la débil hacer peor algunos de los trabajos que ella misma hacía antes mejor, al final del día será aún más exitosa que antes. Ambas economías unidas son más fuertes que cualquiera de ellas separada; su mercado común constituye un “pastel” mucho más grande y la economía próspera, a pesar de que ahora tiene una rebanada más pequeña (un cierto porcentaje del trabajo que hacía antes ahora se hace en otro lado), es más rica porque saca su rebanada de un pastel más grande. Ésta es la “ventaja comparativa”.

La globalización permite la ventaja comparativa, por lo que es un error suponer que la economía de Estados Unidos se debilita porque algunos de sus empleos se exportan. De todas maneras es un error obvio pensar que los empleos duran para siempre en todos los sectores de la economía: la mayoría de los neoyorquinos ya no son granjeros; los zapatos ya casi no se hacen en Massachusetts y los barcos balleneros ya no se construyen en la costa de Long Island. Es necesario que los empleos se desplacen o desaparezcan, a medida que una economía se desarrolla.

Una segunda idea equivocada se da en la relación entre la globalización y los cambios en la cultura. La homogeneización de la cultura y el dominio de formas bajas y vulgares de cultura, no es inevitable a la luz de otros fenómenos de globalización. Las economías podrían integrarse y las comunicaciones entre las personas en todo el mundo mejorar sin que se diera el caso de que (digamos) Jennifer Aniston se convirtiera en un icono de belleza femenina y de comportamiento en todas partes. No es más necesario que Jennifer Aniston sea popular en un lugar que apenas hace poco se integró a la economía mundial, como Bangalore, en la India, a que ella sea popular en Boise, Idaho, que ha estado integrada a la economía mundial por mucho más tiempo. La propagación de una cultura requiere que la gente *quiera* esa cultura y la clase de cultura que alguien quiere depende de su perspectiva moral y de sus hábitos. Por ejemplo, una película pornográfica simplemente no será aceptada por una población que, por razones morales, evite la pornografía del todo.

Como vimos antes, los Padres Conciliares del Vaticano II nos amonestaron: “La aceptación de las relaciones sociales y su observancia deben ser consideradas por todos como uno de los principales deberes del hombre contemporáneo. Porque cuanto más se unifica el mundo, tanto más los deberes del hombre rebasan los límites de los grupos particulares y se extiende poco a poco al universo entero”. Y prosiguieron: “Ello es imposible si los individuos y los grupos sociales no cultivan en sí mismos y difunden en la sociedad las virtudes morales y sociales, de forma que se conviertan verdaderamente en hombres nuevos y en creadores de una nueva humanidad con el auxilio necesario de la divina gracia” (*Gaudium et spes*. 30). Es

necesario “cultivar las virtudes morales y sociales” de manera que el bien que pueda lograrse a través de los *medios* de la globalización no sea rebasado por el mal que resulte de cómo se reciba y se use.

Dos amenazas reales de la globalización

En correspondencia con cada una de las ideas equivocadas que hemos identificado, hay dos amenazas reales: el abuso que se hace de los trabajadores por las fuerzas inmoderadas del mercado y el empobrecimiento de la cultura humana. Ambas requieren primordialmente soluciones “morales” y “espirituales”.

La reciente globalización nos presenta una economía que no depende directamente de ningún gobierno. Como ya vimos, la globalización, como fenómeno económico, se caracteriza especialmente por la menor importancia de las fronteras y por la eliminación de la intervención gubernamental en el comercio. Sin embargo, un mercado es una unidad social y toda unidad social tiene un bien común y, de alguna manera, debiera ser dirigida a un bien común. Puesto que no existe un verdadero gobierno mundial (las Naciones Unidas no constituyen un gobierno mundial), ninguna autoridad es responsable por tal bien común y los participantes en la economía global están expuestos a ser dañados sin remedio, sobre todo los pobres y los débiles.

Es cierto, como arguyen los seguidores de Adam Smith, que un mercado, que es una realidad natural, generalmente es gobernado por una “mano invisible” que tiende a distribuir bienes y servicios eficientemente y para el beneficio de todos a largo plazo. Sin embargo, todos los mercados necesitan algún grado de asesoría y supervisión en lo que concierne a los abusos. Todos reconocen este hecho, aún con respecto a los mercados que mejor funcionan como, por ejemplo, el Mercado de Valores de los Estados Unidos que está sujeto a la supervisión cuidadosa de algunas agencias reguladoras, tales como la Securities and Exchange Commission, y a los ajustes del Federal Reserve Bank. Lo mismo se aplica al mercado global.

No está claro si un gobierno global sería la mejor solución. A veces, y quizá en la mayoría de los casos, la intervención gubernamental en un mercado es peor que el remedio. En todo caso, el asunto es irrelevante pues no veremos pronto un gobierno global. En ausencia de tal gobierno, es aún más importante que los principales actores en el proceso de globalización “**cultiven las virtudes morales y sociales**”.

Aristóteles distinguía entre las “virtudes intelectuales” y las “virtudes de carácter”. Las virtudes intelectuales son principios y percepciones a los que nos asimos y de acuerdo a los cuales resolvemos vivir. Las virtudes de carácter son hábitos, disposiciones e inclinaciones que constituyen lo que valoramos y el cómo nos preparamos para actuar y elegir.

¿Entonces, qué significaría “cultivar las virtudes morales y sociales” de manera significativa para la globalización? Esto implicaría, en primer lugar el *estudio*, con

vistas a comprender y afirmar los principios básicos de la filosofía clásica, la ley natural y las “enseñanzas sociales católicas”. Ese estudio incluiría en su campo cosas tales como la comprensión de lo que significa “subsidiariedad”, “solidaridad”, “servicio” y “el bien común” y el estar resueltos a vivir bajo los principios que estos ideales promueven.

Las virtudes de carácter relevantes serían adquiridas por quienes llegaran a vivir de una cierta manera, especialmente en comunidad con los demás (porque nadie logra ser virtuoso por sí mismo): por ejemplo, adquiriendo hábitos de vida compartidos que implicaran, entre otras cosas, el valorar correctamente el dinero; adoptando un estilo de vida relativamente simple que revelara la conciencia de la pobreza en la que la mayor parte de los seres humanos realmente viven; cultivando la disposición de aprender acerca de las buenas costumbres y el lenguaje de las otras culturas y familiarizándonos con ellas; y por la práctica de la amistad genuina, que es la base sensata para la solidaridad y la buena voluntad efectivas.

Cualquiera que tuviera estas “virtudes morales y sociales” haría negocios en la economía mundial de tal manera que mostraría, en sus actos, un genuino respeto por la igualdad de la dignidad de las personas con las que se asociara, aunque éstas fueran débiles y pudieran ser explotadas.

Una sociedad en la que los jóvenes conocen las canciones populares

La segunda amenaza real que presenta la globalización puede explicarse mejor por medio de una anécdota. Hace algunos años, un grupo de estudiantes estadounidenses viajaron a México durante el verano para conocer la cultura mexicana y trabajar en modestos proyectos de vivienda para los pobres. Junto con estudiantes voluntarios mexicanos vivían en una casa en la ciudad de México compartiendo las comidas y las diversiones programadas para su tiempo libre.

Una noche se reunieron todos y los mexicanos se pusieron a cantar canciones populares que todos ellos conocían. Los estadounidenses no sabían qué hacer, era claro que nunca habían pasado una velada junto con sus amigos simplemente cantando. En un descanso, los mexicanos les pidieron a los de los Estados Unidos que cantaran algunas canciones populares de su país; éstos se quedaron perplejos, se agruparon aparte y se decían: “¿alguien sabe alguna canción folclórica? ¿Qué podemos cantar? ¿Qué canción sabemos todos? Finalmente, concluyeron que las únicas canciones que sabían todos eran los villancicos de Navidad y, así, en un sofocante día de julio, los estadounidenses obsequiaron a los mexicanos, aunque no con mucho ánimo, los versos de “Rodolfo, el reno de nariz colorada”.

Recordemos que los Padres del Vaticano II vislumbraron una cultura mundial deseable como aquella en la que cada zona local tiene su propia cultura y la comparte, recíprocamente, con las otras: “...el creciente intercambio entre las

diversas naciones y grupos sociales descubre a todos y a cada uno con creciente amplitud los tesoros de las diferentes formas de cultura, y así poco a poco se va gestando una forma más universal de cultura, que tanto más promueve y expresa la unidad del género humano cuanto mejor sabe respetar las particularidades de las diversas culturas” (*Gaudium et spes*, 54).

Es claro que este tipo de “cultura universal humana” requiere que cada grupo preserve su propia cultura y, para ello, se presupone que ya posee una. Es universal precisamente por ser una amplia manera de compartir lo que es propio de cada grupo. La amenaza de la homogeneización de la cultura y la desaparición de las ricas culturas locales por una cultura superficial y transitoria se responde propiamente mediante una vigorosa promoción de la cultura local. Todos podemos combatir la “MacDonaldización” de la cultura mundial dedicándonos más a nuestra propia cultura hogareña.

¿Y cómo hacemos esto? Para empezar, ¿qué es lo que inspira a cada persona a amar su propia cultura? ¿Qué formas de vida facilitan la preservación de las culturas históricas, indígenas y locales? ¿Cómo debe vivir una persona para que la cultura le sea importante? La palabra cultura se deriva de *cultus* y tiene sus raíces en el culto religioso que se centra alrededor de la vida familiar.

Josef Pieper en *Leisure: The Basis of Culture* (1948), apunta que una perspectiva religiosa y contemplativa es el semillero y el alimento de la cultura, y la familia es la sociedad en la que mejor se vive esta clase de esparcimiento. Podría pensarse, entonces, que la devoción religiosa y las familias fuertes son la mejor salvaguarda de la cultura y, sin duda, la experiencia confirma esto: “...la Iglesia recuerda a todos que la cultura debe estar subordinada a la perfección integral de la persona humana, al bien de la comunidad y de la sociedad humana entera. Por lo cual es preciso cultivar el espíritu de tal manera que se promueva la capacidad de admiración, de intuición, de contemplación y de formarse un juicio personal, así como el poder cultivar el sentido religioso, moral y social” (*Gaudium et spes*, 59).

Dijimos antes que la propagación de la cultura superficial y homogénea se conecta tan sólo accidentalmente con la globalización. Ahora podemos decir lo siguiente: una cultura superficial y homogénea resulta cuando la globalización afecta a la sociedad de tal manera que su compromiso religioso se vuelve insulso, o cuando las familias que la constituyen se desintegran. En la medida en que las sociedades occidentales se vuelven post-cristianas y en la medida en que ya no centran su tiempo libre en actividades compartidas en el seno familiar, en esa medida se vuelven vulnerables a las formas de cultura que no amplían adecuadamente, ni expresan, la dignidad humana. Una cultura de “MacDonalds” si se vuelve dominante no es a causa de la globalización, sino por un previo declive moral, que es diferente a la globalización. Y la respuesta correcta no es atacar a la globalización, sino más bien construir una sociedad de hogares en los que, por así decirlo, las personas quieran cantar juntas canciones populares.

G. K. Chesterton termina *What's Wrong with the World* (1910) rastreando una sociedad justa hasta llegar a aquella en la que la dignidad de la persona humana, representada por el júbilo de una madre ante el hermoso cabello de su hija, es el punto focal al que todo lo demás se adapta, incluso el burocrático amor de la eficiencia:

“Ahora bien, toda la parábola y el propósito de estas últimas páginas, y sin duda de todas estas páginas, es ésta: afirmar que de inmediato debemos comenzar todo de nuevo, y comenzar por el otro extremo. Comienzo con el cabello de una niñita y eso siempre es una buena cosa. Cualquier otra cosa es el mal; el orgullo de una buena madre por la belleza de su hija es bueno, una de esas categóricas ternuras que constituyen la piedra de toque de toda época y toda raza. Si otras cosas se le oponen, tales cosas deben irse para abajo. Si los caseros y las leyes y las ciencias se le oponen, los caseros, las leyes y las ciencias deben irse para abajo.

“Con el cabello rojo de una pilluela tirado en el arroyo incendiaré toda la civilización moderna. Porque una niña debiera tener cabello largo, debiera tener cabello limpio; porque ella debiera tener cabello limpio, no debiera tener un hogar sucio; porque ella no debiera tener un hogar sucio, ella debiera tener una madre libre y desocupada; porque ella debiera tener una madre libre, ella no debiera tener un casero usurero; porque no debiera haber un casero usurero, debiera haber una redistribución de la propiedad; porque debiera haber una redistribución de la propiedad, debiera haber una revolución.

“Esa pequeña pilluela pelirroja, a la que acabo de ver dar sus primeros pasos cerca de mi casa, no será rapada ni lisiada ni cambiada; su cabello no será cortado como el de un prisionero; no, todos los reinos de la tierra serán hechos trizas y mutilados para la conveniencia de esa niña. Ella es la imagen humana y sagrada; a su alrededor el tejido social se bamboleará, se partirá y se caerá; los pilares de la sociedad temblarán y los techos de todas las épocas se vendrán abajo, y ni un cabello de su cabeza será dañado”

De la misma manera, vamos a “prender fuego a todo lo dañino de la globalización” no con saqueos e incendios reales, sino buscando y poniendo en práctica las condiciones de vida que facilitan que la familia se reúna después de una cena hecha en casa, apagando la televisión, desconectando internet, haciendo a un lado las preocupaciones del negocio y disfrutando historias simples y canciones acerca de Dios, el vecindario y la región.

¿Qué debería yo hacer acerca de la globalización?

La globalización no es una de esas cosas de las que alguien puede asegurar que serán manejadas apropiadamente tan sólo con dejar que sucedan como él quiera. Aunque la globalización es un desarrollo natural de la tecnología humana, no tenemos afectos naturales que se lleven bien con ella. Cuando los padres tienen un hijo, sienten un fuerte y natural afecto hacia su vástago. Los hermanos, y hasta los primos,

si pasan el tiempo juntos, desarrollarán espontáneamente un cariño natural entre ellos. Pero no hay nada que nos induzca a sentir afecto por una persona cuyo nombre vemos en la pantalla de una computadora. (De hecho, es bien conocida la importancia del anonimato en el ciberespacio. Por eso la gente hace y dice cosas en sus computadoras que jamás haría o diría en compañía de otras personas)

En consecuencia, es preciso que desarrollemos el hábito de tratar a los demás, globalmente, como a personas iguales que nosotros en dignidad, con justicia y con un enfoque hacia la amistad. A este “hábito” también se le conoce como la virtud de la solidaridad. Como cualquier virtud, la solidaridad debe adquirirse por medio de acciones que le son propias y la mejor manera de adquirirla es practicándola. El estudio de la solidaridad es importante –tenemos que comprender, por ejemplo, lo que son la justicia y el bien común- pero también lo son la práctica y el “entrenamiento” para llevar una vida marcada por la solidaridad y la amistad hacia las personas de otras culturas y otras naciones.

Por esta razón fue creada la North American Educational Initiatives Foundation (www.naeif.org), para dar a los estudiantes universitarios las oportunidades para adquirir la virtud de la solidaridad y vivirla; particularmente con sus cursos anuales, el “North American Leadership Institute” en México, en los que se reúnen líderes estudiantiles de Canadá, México y Estados Unidos para estudiar los principios de la ciudadanía, la dignidad humana, la justicia y la solidaridad y para poner estas ideas en práctica en actividades de campo y, posteriormente en sus vidas y sus carreras.

“Porque cuanto más se unifica el mundo, tanto más los deberes del hombre rebasan los límites de los grupos particulares y se extiende poco a poco al universo entero”. (*Gaudium et spes*, 30). Si es usted un líder universitario de Norteamérica, ambicioso e idealista, lo invitamos a enrolarse en el “North American Leadership Institute”* para acrecentar el sentido de liderazgo y responsabilidad que “rebasan los límites de los grupos particulares”. El “Institute” provee una valiosa oportunidad para adquirir la virtud de la solidaridad, tan necesaria para reconocer y resguardar la dignidad de todos en esta época que, a veces, es de globalización deshumanizadora.

*** Para más información sobre el “North American Leadership Institute”, que se lleva a cabo en el mes de julio en México en colaboración con la Facultad de Pedagogía de la Universidad Panamericana, Campus Ciudad de México, por favor consulte al website de la North American Educational Initiatives Foundation, Inc. www.naeif.org**